

El conflicto de Eneas

Enrique Otón SOBRINO
Universidad Complutense

RESUMEN

En estas líneas se estudia el conflicto que afecta a Eneas, durante su combate con Turno, entre la piedad por el amigo muerto y la piedad del perdón a su asesino.

SUMMARY

This paper studies the conflict of Eneas, in his fight with Turnus, between the piety in regard of the dead friend and the mercy for friend's murder.

Pocos autores han sabido ver el conflicto que toda existencia es, cuando ha de tomarse una decisión cuyo alcance se nos escapa, pero de la que sabemos de antemano su fracaso. Virgilio figura entre ellos, puesto que ha sido capaz de moverse en el borde mismo de las últimas cuestiones, sin conceder pabellón al desaliento o la desesperanza. El poeta latino deja al lector una inquietud sugerida por un silencio que crea un ámbito donde se vislumbra lo que todavía, sin embargo, no se puede aprehender.

En el escritor latino los sentimientos de acogida y de restitución en el instante postrero devuelven la posibilidad de recobrar el sentido de la existencia que se ha ido perdiendo en medio de los azares de la vida. Siempre queda en nuestro recuerdo la escena final de la primera Bucólica en la que Melibeo, sin resentimiento, sí, sin esperanzas también, puede prolongar su estancia en el paisaje amenazado ya de despedida irreparable gracias a la pa-

labra de Títo que propicia el milagro impensable al tiempo que consuela y alienta atemperando su propia alegría que no ha sido contrastada con el dolor cercano:

*Hic tamen hanc mecum poteras requiescere noctem
fronde super uiridi*¹

Es de esta forma como quiere compartir el sufrimiento del amigo y, en compensación por una inicial dureza de corazón, parar el tiempo para que esta noche dure. También algo de su propia seguridad desea ofrecer a Melibeo, pues no en vano el *requiescere... fronde super uiridi* es una respuesta al saludo inicial de quien abandona lo que fue suyo hasta ahora: *recubans sub tegmine fagi*². Pero todos estos sentimientos no sólo nacen de la amabilidad y de la cortesía, sino que están traspasados de una profunda piedad que procura al menos aliviar la menesterosidad del otro que llama a nuestra puerta entre la resignación y la melancolía que dan fuerzas para sostener el amargo destino.

Mas, por otra parte, esta piedad frontera entraña un débil consuelo tan sólo y, aunque ofrecida compasiva y generosamente, su confortación viene tardíamente. Este su carácter tardío es bien palpable en el *Culex*³, que se cierra, pese al rito cumplido del enterramiento, con un inevitable aire de angustia que nos habla de cómo las cosas pudieron suceder de otro modo, si el corazón impulsara nuestras acciones.

Un rasgo esencial de la poesía de Virgilio es, precisamente, la presencia del consuelo frágil y su aprehensión cuando el abrazo ya no es posible. Es ésta la constante de los encuentros de Venus y de Eneas en *Eneida*. El hijo únicamente reconoce tarde a la madre y ambos tienen que moverse en una lejanía sin que el cariño pueda transmitir su calor hecho de amor y de cercanía. Es como si el poeta latino quisiera plantear la inutilidad de la piedad de unos dioses ya en el crepúsculo. En parte, ésta es la tesis del poema *Ciris*, en el que estalla un inextricable conflicto de piedades: de una parte, Anfitrite, la esposa de Poseidón, compadecida ante la desgracia de la muchacha, convierte a Escila en martinete, pero Júpiter, a fin de restablecer el

¹ *Bucól.* I vv. 79-80.

² *Ibid.* v. 1.

³ Sin entrar ni salir en la espinosa cuestión de su autenticidad, sí cabe señalar que si es obra de un falsificador, éste comprendió muy bien la esencia de la poesía de Virgilio. La misma observación para *Ciris*, mencionada más abajo.

orden y la justicia, muestra su piedad para con el padre muerto, Niso, transformándolo en águila marina, con lo que el poema no acaba, sino que se despliega en una persecución perpetua en un final sin fin que prolonga por siempre el drama que la misma piedad divina ha procurado⁴.

Aquí tocamos de nuevo la esencia de la poesía de Virgilio. Todo está a la espera de ser rebasado. En el momento presente ha de vivirse hasta el extremo cada situación, que es ya un conflicto que demanda una solución que sólo el siguiente amanecer ha de traer. Ciertamente Virgilio es el poeta de la víspera, quien vislumbra aquello para lo que su contemporaneidad no está aún madura, pero anhela, sin embargo.

A decir verdad, la obra entera del escritor latino supone la cancelación de unas aprehensiones, acaso válidas en su momento pero llamadas a quedar superadas cuando, por decirlo así, presientan lo insólito y el advenimiento de la gracia. Así sucede con el paisaje⁵: el bucólico debe ceder ante el real por el que transitan los hombres cargados de las aflicciones del hoy mismo⁶; la tierra de las Geórgicas es también el esfuerzo y la tarea del hombre, pero está traspasada de una exigencia moral que viene de los que sobre ella misma han muerto⁷. Toda esta sucesión es la víspera que invita a Virgilio a indagar acerca del hombre y de su destino, tomando entonces como centro de su preocupación la figura del peregrino que de tierra en tierra, exiliado de la suya y de la de los suyos, busca otra nueva donde fundar una ciudad. Su héroe es un héroe de soledades y de lágrimas que sabe bien que toda decisión que se toma, supone, por muy justa que

⁴ La vana piedad también la ha sufrido la nodriza Carme en su hija Britomartis, lo cual supone, por decirlo gráficamente, una «doble vuelta de tuerca» en la intensidad dramática de esta composición. Los dioses antiguos no son todopoderosos y esto anuncia su desaparición.

⁵ Para el tema de la tierra en Virgilio, cf. la muy ponderada consideración de M. V. Albrecht en *Historia de la literatura latina*, vol. I, Herder, Barcelona, 1997, pp. 645-646.

⁶ Así por ejemplo en sus composiciones primera y novena. Es como si el poeta que en la cuarta va en busca del tiempo nuevo, buscarse ahora la tierra nueva. El mismo proyecto parece también preocupación de Horacio: cf. *Ép.* XVI, si bien la emigración tendrá un límite cuando ocurran ciertas cosas que el poeta canta en el *Carmen Saeculare*, himno que entroniza el tiempo nuevo en el que ha acontecido lo inaudito.

⁷ *Geórg.* I, vv. 491 y ss. Para el respeto y la cordialidad que han de presidir la vida de los agricultores, cf. *Geórg.* II, vv. 471 y ss., y desde el verso 514 hasta el final de la composición: bien entendido que todo ha de brotar de la capacidad de sacrificio, escuela primera de la juventud: *patiens operum exiguoque adsueta iuuentus*, palabras que tienen mucho que ver con las horacianas que abren la oda segunda de su tercer libro *angustam amice pauperiem pati / robustus acri militia puer / condiscat*.

sea, un sufrimiento inconsolable en alguien que espera cerca o lejos⁸. Él, a quien nadie espera⁹, soporta hasta el final la contradicción de su epíteto «*pius*» en incontables episodios que parecen impugnarlo. Pero esta lucha sin cuartel, librada permanentemente dentro de su corazón en conflicto, le va a permitir vislumbrar lo inaudito, en pos de lo cual iba tal vez sin saberlo.

En el duelo final, Turno cae herido de muerte a los pies de Eneas al que pide clemencia, reconociendo su derrota y apelando a los más profundos sentimientos que humanizan al hombre. La palabra que implora, apiada a Eneas, quien experimenta por un momento la piedad del perdón, la que en un instante fugitivo puede cambiar de raíz la vida entera:

*et iam iam magis cunctantem flectere sermo
coeperat*

mas casi simultáneamente

*infelix umero cum apparuit alto
balteus et notis fulserunt cingula bullis
Pallantis pueri, uictum quem uulnere Turnus
strauerat atque umeris inimicum insigne gerebat*¹⁰

y el héroe siente de nuevo lo inextricable de su destino. Debe elegir entre la nueva piedad del perdón y la antigua del tributo a la que tan bien ha sabido servir: aquélla se revela en su súbita aparición como la nueva ciudad en la que los seres humanos pueden vivir con el corazón tranquilo. Pero es la vieja piedad la que se sobrepone y la nueva tierra desaparece del horizonte del propio Eneas quien queda extrañado de ella y sobre su peripecia cae un te-

⁸ La figura de Eneas, que tanto desagrade al padre Feijóo, parece un «contratipo» del héroe épico: su debilidad, sus difíciles resoluciones que tanto le atormentan, su epíteto referido a la esfera interior son características ciertamente muy especiales.

⁹ Sin discutir si la *Odisea* y la *Iliada* son la inspiración de la primera y la segunda parte del poema latino, sí cabe precisar que a lo largo de los seis últimos libros, Eneas va a ver puesto en entredicho su epíteto hasta tal punto que por paradoja su piedad lo convierte en despiadado. Para con la *Odisea*, cabe señalar que al héroe homérico alguien le aguarda: Ulises espera que le esperen; a Eneas sólo le toca una interminable peregrinación que parece no dar nunca con la tierra buscada.

¹⁰ *Eneida* XII, vv. 940-944. Obsérvese en el v. 940 cómo la acumulación de los adverbios hace casi «visible» el acontecimiento que no ocurrirá.

rrible silencio¹¹. Aquí radica lo fundamentalmente trágico de este poema: en el borde mismo, en la víspera misma todo pudo ser anticipado, mas nada de ello ocurrió como si el hombre no fuese capaz de abrirse al ámbito más espacioso en el que ha de ser.

Esta percepción tan nítida de la víspera como la gran ocasión fallida, como el fracaso que nos pone inexcusablemente ante nosotros mismos, es lo que parece haber impulsado continuamente el quehacer poético de Virgilio. Admitamos, por un momento, su paternidad respecto de algunas composiciones de la *Appendix*: allí encontraremos muy rudimentarios aún algunos pensamientos y planteamientos que sí son esencialmente virgilianos, a veces con un tono y tratamiento bien lúgubres como sucede en los versos dedicados al infortunado Pompeyo¹².

Tomemos ahora la obra genuina: hallamos todas esas intuiciones acerca de la culpa, del sufrimiento de los inocentes, del destino trágico que a todos nos sella, de la proximidad inane de las divinidades, maduras y abordadas con más afinamiento a lo largo de toda ella, con la particularidad de que a medida que ahonda en todas estas preocupaciones, va cancelando el modelo literario que le sirve para dar expresión a estos conflictos. La *Eneida* no es ya un poema épico: es la expresión más profunda de lo trágico inherente a lo humano.

Parece como si este inclinarse en espera permanente de lo que se acerca, en pos del gran verso que diga la palabra más propia para esta expectación de lo que adviene, hubiera sido el difícil y solitario trayecto que a sí mismo se trazó Virgilio, cuya clave final acaso debería encontrarse en el poema que acerca de la naturaleza del universo, según Rostagni, anhelaba escribir.

Entonces, la obra entera del poeta antiguo sería la sinfonía de una víspera y habría, por consiguiente, que escucharla como quien está aguardando la revelación que a cada uno llega en el corazón mismo de sus zozobras y contradicciones que presienten, sin embargo, la alegría.

¹¹ Con la resolución que da de la situación Virgilio, ¿puede haber otro final para el poema que no sea éste tan terrible y sin rectificación?

¹² La ausencia de la piedad para con el muerto. *Catalep.* 3.